

El paisaje balear y los personajes en *Vida del escudero Marcos de Obregón*, de Vicente Espinel

The Balearic Landscape and the Characters in *Vida del escudero Marcos de Obregón*, Vicente Espinel

José Servera Baño

Instituto de Estudios Hispánicos en la Modernidad (IEHM), Unidad Asociada al CSIC2
Universitat de les Illes Balears
ESPAÑA
jservera@uib.es

[*Hipogrifo*, (issn: 2328-1308), 11.2, 2023, pp. 767-786]

Recibido: 08-03-2023 / Aceptado: 21-04-2023

DOI: <http://dx.doi.org/10.13035/H.2023.11.02.49>

Resumen. La *Vida del escudero Marcos de Obregón*, de Vicente Espinel, entre otras virtudes, destaca por su naturalidad paisajística —aquí nos limitamos al de Cabrera y algún espacio italiano que funciona por oposición al español y se entiende como espacio geográfico también los personajes que en él se hallan—. A su vez muestra una óptica ideológica poco común en la literatura picaresca: el respeto a las pautas surgidas del Concilio de Trento, de ahí sus críticas a los personajes disidentes. Así, esta visión desde el sistema, que no cuestiona ni critica, no es la de un privilegiado de los altos estamentos sociales, sino la de un escudero, es decir, según un estrato social humilde, pero que ve la composición jerárquica social como la más natural de las posibles.

Palabras clave. Narrativa; picaresca; paisaje; Vicente Espinel; ideología.

Abstract. The *Vida del Escudero Marcos de Obregón*, by Vicente Espinal, stands out by its landscape naturalness, among other virtues —hereby we limit to Cabrera and some other Italian area that works as opposition to the Spanish one and we refer to geographical space to the characters who can be found in it too—. In turn, it shows a rare optical ideology in the picaresque literature: the respect for the decrees arisen from the Council of Trent, therefore his critiques to the dissenting characters. All in all, this vision of the system, which is not questioned or criticized,

is not from a privileged person from the higher social classes, but from a squire, from a lower class that sees the hierarchical social composition as the most natural of the possible options.

Keywords. Narrative; Picaresque; Landscape; Vicente Espinel; Ideology.

ESTRUCTURA, PICARESCA Y ESTILO

La *Vida del escudero Marcos de Obregón* (1618) se estructura de forma externa en tres partes, que cada una lleva por título «Relación» más el ordinal correspondiente y «de la vida del escudero Marcos de Obregón». A su vez las tres «Relaciones» se dividen en descansos, la primera tiene veinticuatro, la segunda, catorce, y la tercera, veinticinco más el «Descanso último y Epílogo». Por lo tanto, es una obra que puede considerarse extensa si se compara con las obras narrativas barrocas y aún más si solo se equipara con los libros picarescos. No entraremos aquí sobre si la obra es picaresca o no¹, lo cual ha centrado la polémica sobre la novela, basta indicar que ha habido al respecto apreciaciones contrarias.

No abordaremos la cuestión estética, aunque siempre se ha destacado su notable estilo natural y directo y hasta hay quien ha afirmado, con razón, que «esta novela desde un principio resulta más interesante que la mayor parte de las de su clase» (Chandler, 1910, p. 189). Muy posiblemente uno de los motivos del aprecio de la novela se deba a «la extraordinaria presencia que en él hace el sentimiento de la naturaleza y el paisaje» (Navarro González, 1977, p. 75), aspecto que, entre otros, ya había señalado Zamora Vicente (1951, p. 106), que a su vez indicaba que «Tiene [...] el vagabundaje geográfico» y «señores varios con los que trabaja» (1951, p. 88) de la novela picaresca, aunque poco escarmiento y poca enseñanza recibe de sus señores —palabra que define más correctamente que el término *amos* la relación que se establece entre Marcos de Obregón y aquellos a los que sirve—; pero esa descripción de la naturaleza: «sirve para una cosa: para rendir nuestra gratitud a Dios» (Zamora Vicente, 1951, pp. 106-107). De forma un tanto exagerada ya Pereda Valdés (1950, p. 129) había escrito que «en la novela picaresca, a excepción de una impresión de Málaga que debemos a la pluma de Vicente Espinel, no se encuentra un solo atisbo de paisaje»².

1. Sobre la consideración de obra o novela picaresca véase, entre otros, el estado de la cuestión de Lara Garrido y Rallo Gruss, 1979, y el de Peña, 2003. Con anterioridad, Navarro, 1977, pp. 72-79, recoge también juicios y opiniones sobre *Marcos de Obregón*. Zamora Vicente, 1951, solo estima que hay algunos elementos picarescos, pero que se aleja del modelo y de su sentido final. Buendía López, 1986, enumera tanto los rasgos picarescos como aquellos que lo alejan del género. Es lúcida la consideración de Aranda, 2010.

2. En esta primera edición Pereda Valdés en vez de Vicente Espinel apunta Mateo Alemán, lo cual es una evidente errata.

EL MEDITERRÁNEO: PUENTE O FRONTERA CULTURAL

El Mediterráneo es el espacio vital de don Marcos, pues son diversas comarcas de España y sus islas Baleares, Italia y Argel los lugares en los que se desenvuelve su historia. Funk (2009-2010, p. 3) se plantea si el Mediterráneo en el Siglo de Oro es un puente o una frontera cultural en la novela de la época y, por nuestra parte, nos preguntamos qué suponían las Baleares, situadas estratégicamente en la zona occidental del *mare nostrum*: ¿un puente o frontera cultural o simplemente tierra de nadie? Parece evidente que, en momentos de conflicto bélico, el Mediterráneo fue una frontera entre el mundo cristiano y musulmán, frontera que a menudo era campo de batalla, pues ese Siglo de Oro también fue «edad conflictiva» tal como lo definiera Américo Castro (1963), dadas las «leyes sobre la limpieza de sangre y prácticas religiosas altamente estrictas, España trató de forzar una unidad estatal, social y moral» (Funk, 2009-2010, p. 4).

Sin embargo, la *Vida del escudero Marcos de Obregón*, publicada en 1618, no se produce en el momento de mayor actividad bélica entre los mundos musulmán y cristiano, aunque a principios del siglo xvii se vive una «reapertura de la guerra del Mediterráneo, con la toma de Larache en 1610 por los españoles y diversos encuentros marítimos» (García Cárcel, 1994, p. 18). Pero, sin duda, Vicente Espinel, nacido en 1550, ya en los años 70 en adelante, es decir, en su juventud, debió respirar ese ambiente de una España que creía en la conjura musulmana, entre moriscos, berberiscos y turcos, miedo que la Inquisición se encargó de propalar (García Cárcel, 1994, p. 17), porque, en realidad, en el último cuarto del siglo xvi como apuntan Deyá y Oliver: «tanto la Monarquía Hispánica como el Turco vieron que el enfrentamiento directo en el Mediterráneo resultaba muy caro en unos años en que las dos potencias tenían otros frentes (Flandes y luego Portugal para Felipe II y Persia para los turcos)» (2000, p. 59). Todo ello repercutiría en la literatura española a partir de 1609-1610, en este sentido argumenta García Cárcel:

Y entramos en la tercera etapa que situábamos a partir de 1609. Una vez saldado el problema morisco con la expulsión y finiquitados prácticamente los enfrentamientos militares entre turcos y cristianos, disminuye la literatura de cautiverio para dar paso al intento de justificar la expulsión mediante la demonización intelectual de turcos y moriscos. Y digo demonización intelectual porque se trata de la fijación de arquetipos culturales que nada tienen que ver con las observaciones empíricas del periodo anterior. Toda una generación de intelectuales (Gaspar de Aguilar, Aznar Cárdena, Jaime Bleda, Antonio del Corral, Pedro Fernández de Navarrete, Damián Fonseca, Marcial de Guadalajara, Baltasar Porreño...) se [empeñaron en] diabolizar al moro para legitimar la expulsión (1994, p. 25).

EL MUNDO MUSULMÁN, LA FUERZA CONTRARIA A LA CRISTIANDAD

Algunos biógrafos supusieron que Vicente Espinel padeció, de forma similar a Cervantes, un cautiverio en Argel³, tal como cuenta su novela, así lo propone Gili Gaya (1959-1960, I, p. 12) siguiendo a Pérez de Guzmán (1881), pero este episodio es improbable que fuera verídico según las apreciaciones de Haley (1959, pp. 147-155), Navarro González (1977, p. 16), Carrasco Urgoiti, la cual además incide en que «Considera la crítica moderna que no hay fundamento para dar valor autobiográfico a la captura de Marcos de Obregón por corsarios turcos en la isla de Cabrera y a su estancia en Argel» (I, p. 12)⁴.

No es extraño que a lo largo de la narración se encuentren, en algunos personajes, contundentes afirmaciones donde lo musulmán lógicamente en aquella época es el mundo opuesto, el mayor peligro: «¡Ay de mí, más infelice y sola que cuantas padecen cautiverio y servidumbre en las mazmorras de crueles e inclementes moros!» (I, pp. 193-194). Esa situación adversa podía conducir a una solución marcada por la necesidad: «Estas vidas escindidas repetían a la inversa la experiencia de muchos españoles cautivos que rehicieron su vida en Berbería u otras partes del imperio turco, como estuvo a punto de hacerlo en Argel el personaje Marcos de Obregón» (Carrasco Urgoiti, 2000, p. 104).

Apenas se ha iniciado la extensa novela cuando en el «Descanso segundo» de la «Relación primera» se menciona «la Morería vieja» (I, p. 96) y por las referencias de Espinel parece que aborda la controvertida cuestión del emplazamiento árabe en Madrid. Así, pues, ya el mundo musulmán emerge muy pronto en la narración como si fuera un indicio de lo que más adelante será un elemento de constante presencia. También la historia del cabrero moro que, gracias al olfato de su perro, obra con astucia respecto al suministro de agua de dos poblaciones, aunque con el final aleccionador y trágico, es otra referencia hostil hacia lo musulmán.

La asociación de moros y gitanos como delincuentes en algunas zonas de Andalucía es otro motivo que se desarrolla en el «Descanso veinte» de la «Relación primera»: «se me representó luego las muertes que sucedían entonces por los caminos, hechas por gitanos y moriscos» (I, pp. 276-277). Después, Marcos de

3. También Jerónimo de Pasamonte, capturado por los turcos, vivió unos 18 años como cautivo en diferentes lugares y con ocupaciones diversas. Se ha relacionado habitualmente con Cervantes, con quien pudo coincidir en la batalla de Lepanto y en otros sucesos y emplazamientos. Fue satirizado en el capítulo 22 de la primera parte del *Quijote* (1605), así Cervantes lo convirtió en el galeote Ginés de Pasamonte. En *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* se refiere a su dura vida de esclavitud, llena de penalidades. Entre otros estudios, véanse Riquer, 1988; Martín Jiménez, 2001, 2005 y 2016.

4. Se cita por la edición de Carrasco Urgoiti que consta en la bibliografía; en número romano se indica el volumen y después el número de las páginas.

Obregón se centra en los gitanos, cuyo lenguaje califica de jerigonza⁵ y, en todo momento, manifiesta su temor ante ellos: «Iba volviendo el rostro atrás para ver si me seguían los gitanos» (I, p. 279).

LA PLACIDEZ DEL PAISAJE MEDITERRÁNEO

Respecto al paisaje de la obra, Valbuena Prat señalaba la «peculiar sensibilidad de Espinel [...]. Las sensaciones olfativas, los perfumes de naranjos y limoneros, empapan de fina sensibilidad meridional las descripciones de ciudades y caminos» (1974, p. 74). En general, se ha subrayado el carácter excepcional del paisaje en la novela. Soledad Carrasco Urgoiti en la edición citada, en nota a pie de página, señala que «El pasaje descriptivo que aquí se inicia ha llamado la atención de la crítica por el moderno sentido del paisaje que manifiesta» (I, p. 255). En efecto, este paisaje sobre la costa andaluza mediterránea puede considerarse un fragmento antológico de la novela:

[...] llegué a Málaga, o, por mejor decir, paréme a vista della en un alto que llaman la cuesta de Zambara. Fue tan grande el consuelo que recibí de la vista della, y la fragancia que traía el viento regalándose por aquellas maravillosas huertas, llenas de todas especies de naranjos y limones, llenas de azahar todo el año, que me pareció ver un pedazo de paraíso; porque no hay en toda la redondez de aquel horizonte cosa que no deleite los cinco sentidos. Los ojos se entretienen con la vista de mar y tierra, llena de tanta diversidad de árboles hermosísimos, [...] con la vista del sitio y edificios, así de casas particulares como de templos excelentísimos, especialmente la Iglesia Mayor, que no se conoce más alegre templo en todo lo descubierto. A los oídos deleita con gran admiración la abundancia de los pajariños, que imitándose uno a otros, no cesan en todo el día y la noche su dulcísima armonía, [...] es una confusión dulcísima que mueve a contemplación del universal Hacedor de todas las cosas. Los mantenimientos, abundantes y sustanciosos para el gusto y la salud; el trato de la gente, muy apacible, afable y cortésano, y todo es de manera que se pudiera hacer un grande libro de las excelencias de Málaga, y no es mi intento reparar en esto (I, pp. 255-256).

Apunta Soledad Carrasco Urgoiti (I, p. 256) que en el fragmento anterior se halla el tópico de fray Luis de León del cantar sabroso de las aves en «La vida retirada», aquí, este *locus amoenus* es sensorial y mediterráneo. De inicio se para ante la visión panorámica de la ciudad, que Cervantes en *El licenciado Vidriera* cita como Zambra: «y al bajar de la cuesta de la Zambra, camino de Antequera» (p. 44). Y de inmediato se señalan los cinco sentidos y su deleite, los efectos son descritos a

5. En Covarrubias, *Tesoro*, p. 637, *jerigonza*: «Un cierto lenguaje particular de que usan los ciegos con que se entienden entre sí. Lo mismo tienen los gitanos, y también forman lengua los rufianes y los ladrones, que llaman germanía». Recuérdese el poema de Quevedo, *Poesía original completa*, p. 1161: «Receta para hacer Soledades en un día»: «Quien quisiere ser culto sólo en un día/ la jeri (aprenderá) gonza siguiente».

base de sensoriales rasgos donde aparecen las manidas y definitorias palabras del tópico como *abundancia* y *la dulcísima armonía*, que también podría relacionarse con el tratado *De musica libri septem* del maestro Francisco de Salinas, a quien fray Luis de León dedicó su famosa «Oda III».

LA APARICIÓN DE LAS ISLAS BALEARES

Alberto Navarro González (1977, p. 116) distingue dos actitudes respecto a la naturaleza. Una que describe los «aspectos inclementes, impresionantes y duros» y otra, por el contrario, que dibuja «el paisaje alegrado por el sol y por el agua», luminoso que, en la mayor parte, se relaciona con Andalucía y, en especial, con Ronda, que representa el ideal de Espinel. En el caso de las Baleares aparecen las dos naturalezas, pues hay una descripción de una tormenta y el naufragio, que padece cerca del archipiélago y el espacio de la cueva de Cabrera, idílico *locus amoenus*, lugar sobre el que luego volveremos.

En el «Descanso séptimo» de la «Relación segunda», una vez ha embarcado en Sanlúcar y pasa por el estrecho de Gibraltar, hacia Marbella, Málaga, Cartagena y Alicante, llega a las costas de Mallorca: «donde no fuimos recibidos por la ruin fama que había de peste en Poniente: de manera que desde Mallorca nos asentaron tres o cuatro piezas» (II, p. 50). Anota Soledad Carrasco Urgoiti (II, p. 50) que estos disparos posiblemente fueron vividos por Espinel, ya que el duque de Medinasidonia pensó en ir a Barcelona con el fin de que no le negaran la entrada en algún puerto, dado de dónde venía⁶. El grupo de personajes que protagonizan el episodio, sin poder amarrar en las costas baleares, pronto se percatan de que son perseguidos por «quince galeotas» de media luna de las que escapan gracias a un fuerte viento de popa. Así, roto el mesana y también las velas y jarcias llegan a Frejús (Francia), pero otro fuerte viento les hace volver el camino atrás: «Aportónos⁷ Dios de revuelta segunda vez a Mallorca, a una isleta que llaman Cabrera, y al revolver de una punta, yendo ya un poco consolados, nos arrojaron unas montañas de agua otra vez, en alta mar, donde tornamos de nuevo a padecer la misma tormenta» (II, p. 52). Tras esforzada lucha consiguen llegar a tierra:

Y al fin tomamos el puerto de la Cabrera, isleta despoblada, sin habitantes ni comunicada, si no es de Mallorca cuando traen mantenimientos para cuatro o cinco personas que guardan aquel castillo fuerte y alto, más porque no ocupen aquella isla los turcos que por la necesidad que hay dél (II, p. 53).

Fuesen o no vividos tales episodios por el autor, tienen lógicamente el sello de la novela bizantina, tan de moda en la época, por lo que autores como Jerónimo de Contreras, con *La selva de aventuras* (1565) da pie a los escritores barrocos de la talla de Lope con *El peregrino en su patria* (1604) y a Cervantes con *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1617), en ellas suele narrarse la historia de una pareja de

6. La argumentación de Carrasco Urgoiti se basa en Haley, 1959, p. 144.

7. Carrasco Urgoiti anota: «Dios nos llevó a puerto. *Aportar*: Es tomar puerto, y muchas veces llegar a parte no pensada, sino que acaso yendo perdidos llegaron a aquel lugar (Cov.)».

amantes a quienes la suerte adversa separa y que solamente después de increíbles aventuras llegan a unirse. El modelo más conocido de esta clase de novelas fue las *Etiópicas* de Heliodoro, pero lo que nos interesa señalar es que en todas ellas había algún suceso o aventura marina, habitualmente causante de una separación o algún mal. Así, ocurre también en la narración de Espinel, cuyo hilo argumental seguimos y una vez han desembarcado en Cabrera, se describe la isla:

Detuvimos allí quince o veinte días, o más —haciendo árboles, reparando jarcias, remendando velas, padeciendo calor— entre mayo y junio, sin haber en toda la isleta donde valerse contra la fuerza del calor, ni fuente donde refrescarnos, sino el aljibe o cisterna en donde bebían los pobres encerrados. Esta isleta es de seis o siete leguas en circuito, toda de piedras, muy poca tierra, y esa sin árboles, sino unas matillas que no suben arriba de la cintura. Hay unas lagartijas grandes y negras, que no huyen de la gente; aves, muy pocas, porque como no hay agua donde refrescarse, no paran allí (II, p. 54).

Los elementos escogidos del paisaje muestran un detallismo realista, un observador atento que no solo siente la temperatura sino también lo poco tupido del paisaje, con matorral bajo, la poca tierra de posible labranza o las lagartijas. El paisaje desolador de la isla es el contramodelo del *locus amoenus*, pues el calor, la falta de agua y de lugar umbrío, que impide los rayos del sol, son elementos opuestos a la idea del lugar idílico, que suele contrastar con la aridez. Además, se indica en este fragmento que los habitantes de la isleta están contra su voluntad, pues los califica de «pobres encerrados». Todos los componentes paisajísticos evidencian la esterilidad de la zona: «Yendo saltando de una peña en otra, espantados de ver tan avarienta a la Naturaleza en tener aquel sitio con tan cansada sequedad» (II, p. 55). No de balde, la isla sirvió históricamente de lugar de destierro y condena⁸.

Ante esa aridez, el narrador traza el ideal *locus amoenus*, tópico ya presente en la poesía bucólica de la Antigüedad, habitualmente asociado al tema amoroso y a lo pastoril debido a la influencia de *Las bucólicas*, de Virgilio, que llega a nuestra literatura o, al menos, alcanza fama con Garcilaso. Aquí, Vicente Espinel prescinde del motivo amoroso, pero no de los componentes habituales de este paisaje, con la intención de conseguir el contraste, el suspenso, la admiración, la perplejidad, por ello Zamora Vicente escribe: «En este desierto de piedra y mar [Cabrera], solamente Espinel puede encontrar el oasis» (1951, p. 110). Y, en efecto, se describe ese contraste barroco:

[...] espantados de ver tan avarienta a la naturaleza en tener aquel sitio con tan cansada sequedad, trajo una bocanada de aire tan celestial olor de madre selvas, que pareció que lo enviaba Dios para refrigerio y consuelo de nuestro cansancio. Volví el rostro hacia la parte de oriente, de donde venía la fragancia, y vi en medio

8. La idea de Cabrera como cárcel persistió durante mucho tiempo. Así, muy posteriormente, tras la victoria española en la batalla de Bailén, en la Guerra de la Independencia Española, unos 9.000 soldados franceses prisioneros fueron dejados en la isla de Cabrera en 1809. Denis Smith, 2004, considera que este cautiverio fue el primer campo de concentración de la historia. En 1814, firmada la paz y finalizado el cautiverio parece que solo sobrevivió uno de cada cuatro presos, en total 3.600 de un total de más de 9.000.

de aquellas continuadas peñas una frescura milagrosa, de verde y florida. [...] y hallamos una cueva [...] de entrada angosta, allá abajo se extendía con mucho espacio, destilando de lo alto de la cueva, por muchas partes, un agua tan suave y fría, que nos obligó a enviar al galeón por sogas, para bajar a recrearnos en ella (II, pp. 55-56).

Esta descripción de la gruta de Cabrera le recuerda a Alberto Navarro González (1977, p. 123) a otra posterior de Estébanez Calderón, aunque no ofrece con exactitud los datos, se trata del artículo atribuido, «La gruta azul y una gira en el vapor Colón», publicado en *El Herald* (12/10/1849), que describe la famosa gruta azul de Capri. Sin embargo, la descripción es muy diferente, pues en el relato de Estébanez el *locus amoenus* abunda en pedrería y joyería con una ostentación de saberes mitológicos, información geográfica y conocimientos literarios que sobrepasan la sensación de experiencia vivida que, por el contrario, sí ofrece Espinel. He aquí una pequeña muestra del tono de Estébanez en la descripción de la gruta azul:

[...] no era agua ni cristal, sino líquidas madreperlas que a poco se trocaban en jacintos de los azules más subidos y esplendente. La techumbre de la gruta [...] o ya se vestía con el manso oriente del nácar más terso, o ya se trocaba en un dosel de ópalos y zafiros tachonado con verde mar y berilos. Las grietas de las peñas salpicadas con el cristal de las aguas lo transformaban en copiosos racimos de onixes y de turquesas («La gruta azul...», p. 395).

Por otra parte, el fragmento en que Vicente Espinel describe la gruta es considerado por Valbuena Prat (1974, p. 74) un buen ejemplo de la voluptuosidad olfativa que se presenta a lo largo de la obra. Linares Alés apunta que:

La descripción es interesante ante todo porque, una vez más, el lugar hace recordar el paraíso original; y se representa bellamente porque desde esta lógica, bondad, verdad y belleza andan unidas. [...]. Lo decisivo además es que la visión y el olor de las flores traen a la memoria también a Andalucía; es decir, el recuerdo del paraíso se realiza una vez más a través de la experiencia placentera localizada en Andalucía (1989, p. 226).

En efecto, pero no es Andalucía, posiblemente se trata de la llamada *cova blava*⁹, la misma denominación que la de Capri, pero situada en Cabrera, donde hoy en día se organizan excursiones, paradas si se hace un itinerario, etc. Es conocido que, en tiempos de nuestro autor, en esta tierra de nadie se aprovisionaban de agua de la cueva, tanto moros como cristianos, de forma que la escena del encuentro entre unos y otros, relatada por Espinel, es muy verosímil.

9. Es una cueva excavada por el mar en un bloque de materiales calcáreos. No se puede descartar que en el proceso de formación haya intervenido la acción disolvente del agua de lluvia, como ocurre en la mayoría de cuevas calcáreas. La altura sobre el nivel del mar va desde los 6 metros en la entrada hasta 20 en el interior, y sus dimensiones máximas son de 120 x 75 metros en planta. Su forma es redondeada. El fondo marino, de 20 metros de profundidad, es de roca, con algunos bloques y algo de arena. La boca se orienta al noroeste. Esto crea un agua de color azul intenso, que se refleja en el techo de la cueva. Datos tomados de <https://www.miteco.gob.es/es/parques-nacionales-oapn/red-parques-nacionales/parques-nacionales/cabrera/guia-visitante/ruta6.html>, consultado el 13/11/2019.

Luego, sigue la descripción de la cueva indicando las figuras que se perciben en las estalactitas: «porque del agua que se dilataba se formaban diversas cosas y hacían a naturaleza perfectísima con la variedad de tan extrañas figuras: había órganos, figuras de patriarcas, conejos y otras diversas cosas, que con la continuación de caer el agua se iban formando a maravilla» (II, p. 56). Sobre ello Linares Alés (1989, p. 226) ve el simbolismo mítico de la cueva con la alegoría de Platón, lo que no impide que la descripción de la cueva se base en la experiencia, en el detallismo realista de una topografía. Completa este lugar idílico el arroyuelo, y tampoco falta la sentencia común ante este marco: «El sitio era de gran deleite» (II, p. 56). Para el andaluz Espinel todo el sentimiento positivo del paisaje debe aproximarse a su amada Andalucía: «se vieron de lejos las flores de la madreselva, tan grandes, apacibles y olorosas como las hay en toda Andalucía» (II, p. 55). El ideal paisajístico es Andalucía, Ronda y, como escribía Alonso Zamora Vicente (1951, p. 111), la luz de Sevilla.

Pero estamos en un espacio, Cabrera, entonces tierra de incursiones moras y turcas, de confluencia de gentes de distintas procedencias, así es visto un oriundo que de pronto aparece:

era un hombre de horrible aspecto, ojos encarnizados, pocas palabras y sin risa, que dijeron haber sido cabeza de bandoleros, y por eso lo tenían en aquel castillo siendo guarda dél. Y respondiéndonos en lenguaje catalán muy cerrado: «Mirad por vosotros, que también los turcos saben esa cueva» (II, pp. 56-57).

Es evidente que ese catalán muy cerrado es la variante dialectal del mallorquín que puede adivinarse en el uso de ese vocablo «saben» por el significado de «conocer», no en balde se ha matizado antes, en la novela, «entre el claro castellano del renegado valenciano frente al del turco» (Zamora Vicente, 1951, pp. 127-128) y ahora aparece otra lengua, con ello la visión que ofrece Espinel, tan plural y variopinta, proporciona esa idea de tierra fronteriza, de paso, de convergencia de gentes de muy distinta procedencia y le da a la narración un carácter verosímil y, aunque utilice efectos de sorpresa, todo tiene su explicación lógica:

[...] vimos asomar por la boca de la cueva bonetes colorados y alquiceles blancos; pusimonos en pie, y al mismo punto que nos vieron, de que venían descuidados, dijo uno en lengua castellana, muy clara y bien pronunciada: «Rendíos, perros». Quedaron mis compañeros absortos de ver en lengua castellana bonetes turcos (II, 57).

Hay que tener presente «que la figura de los renegados [...] fuera doblemente peligrosa» por «engrosar las filas del infiel» y por «el peligro militar» que suponían al conocer «los lugares y los momentos propicios» para atacar «las costas cristianas de donde procedía» (Deyá y Oliver, 2000, p. 62).

Por otra parte, debe destacarse el carácter fantástico, aunque verosímil, de esta cueva de Cabrera, conseguido mediante el uso del tópico del *locus amoenus*. Por ello, Carrasco Urgoiti (2000, pp. 150-151) escribe respecto a este pasaje de la cueva de Cabrera: «Nada escapa a la credibilidad racional basada en la experiencia». Las idealizaciones del paisaje encuentran una explicación natural, según la estudiosa citada, así lo «fantástico deviene posible y verídico». Así lo considera Rallo Gruss:

[...] la descripción del interior de la cueva de la isla de Cabrera, en un desierto de vegetación, parece espejismo propio del *locus amoenus*, del paraíso oculto, [pero] se constatan sus elementos como experiencias que se reconocen por otras similares (madreselvas como las de Andalucía) y se reflejan visiones que aun pareciendo fantásticas surgen de la observación, al detallarse el cómo han podido naturalmente originarse (2006, p. 145).

La descripción de Espinel de *sa cova Blava* balear tal vez pudo ser conocida por Estébanez Calderón. Sin embargo, hay una gran diferencia entre ambas descripciones, pues frente a la naturalidad del primero en el escritor decimonónico se desborda la artificiosidad. No deja de ser una paradoja que el autor barroco sea más espontáneo y sencillo que el escritor costumbrista, que en teoría pretende conseguir el reflejo de la realidad, captar el entorno de forma fiel como si de una pintura paisajística se tratara.

De forma semejante, en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1617), se narra la historia de la cueva oscura de Soldino (Libro III, Capítulo 18), aunque en el episodio cervantino se exponen más cuestiones, por ejemplo, entre otras, el tópico de menosprecio de corte y alabanza de aldea, también en la cueva se haya un ameno prado:

[...] el que escribió esta historia dice que Soldino con todo aquel escuadrón de damas y caballeros bajó por las gradas de la oscura cueva, y a menos de ochenta grados se descubrió el cielo luciente y claro y se vieron unos amenos y tendidos prados que entretenían la vista y alegraban las almas (*Persiles*, p. 395).

Cervantes en el *Persiles* y Espinel en *Marcos* coinciden en racionalizarlo todo, tal como habían escrito Avalor-Arce (1961, pp. 75-76) y Riley (1981, p. 291) sobre la obra póstuma de don Miguel.

Al final del episodio todo se resuelve y hasta se deduce evidente, pues los raptos son moriscos del reino de Valencia que habían renegado, así resulta lógico que se los lleven cautivos hacia Argel. Algunos críticos han sostenido el carácter autobiográfico del hecho, sin embargo, la crítica más moderna señala que es «una variante del tema que trata Cervantes en la historia del Cautivo (*Quijote*, I, capítulos 39-42) combinada con otras influencias literarias» (Carrasco Urgoiti, II, pp. 57-58, nota 229). Sea libresca o autobiográfica la fuente de la anécdota, la consecución estilística de Espinel es un acierto, como tantos hay en la obra, pues tiene la habilidad de expresar con gracia, con soltura y con llaneza los sucesos sorprendentes que pueden darse en la realidad y sabe percibirlos y destacarlos. En este sentido la observación de las maravillas naturales, que suelen tener rasgos asombrosos en su descripción, es una de las vías para conocer a Dios, pues son el reflejo de su creación, así ya lo plantea fray Luis de Granada en la *Introducción al Símbolo de la Fe* (1583) y así parece que lo entiende también Vicente Espinel, cuya vena y conocimientos musicales fueron famosos por diversos hechos, que ahora no son oportunos relatar.

El suceso de la isla de Cabrera no deja de ser una trampa, pues finalmente Marcos de Obregón y sus acompañantes, a pesar del aviso del personaje castellano que por allí aparece, son apresados y conducidos a tierra enemiga. En el fondo, las Baleares, en concreto Cabrera, era vista como tierra fronteriza, que lógicamente al no estar poblada o solo atendida por una mínima guardia, que residía en el castillo, y, por lo tanto, la isleta no tenía protección española, lo que propiciaba posibles incursiones de corsarios y piratas. Por una parte, los moriscos expulsados y, sobre todo, moros y turcos —la cristiandad solía identificar y confundirlos— eran el enemigo a combatir. Así, pues, hay que considerar las Baleares como zona de vulnerabilidad, en aquella época, dada la proximidad con las costas africanas, aunque, como más adelante se indica, en Mallorca, lógicamente en la isla mayor, ya empezaba a haber una considerable defensa militar.

EL CAUTIVERIO EN ARGEL, GUERRA DE RELIGIONES

En cautiverio, abandonadas las costas de Baleares, el destino de Marcos de Obregón es Argel. En estos episodios, Espinel entra en el cauce de la novela idealista, pues los secuestradores moriscos están bautizados y han dejado España por despecho y por sentirse menospreciados, pero no renuncian a sus creencias cristianas:

[...] y así me dijo que era bautizado, hijo de padres cristianos, y que su venida en Argel no fue por estar mal con la religión, que bien sabía que era la verdadera en quien se habían de salvar las almas, sino que «yo —dijo— nacía con ánimo y espíritu de español y no pude sufrir los agravios que cada día recibía de gente muy inferior a mi persona, [...] siendo yo descendiente de muy antiguos cristianos, como los demás que también se han pasado y se pasan cada día, no solamente del Reino de Valencia, de donde yo soy, sino del de Granada y de toda España (II, pp. 59-60).

Este planteamiento —que en tierras musulmanas haya moros que ocultamente sean cristianos— es semejante en *La española inglesa*, donde en tierra de protestantes, Inglaterra, hay anglosajones que en secreto son católicos; así, pues, solo cambian los territorios y las religiones de uno y otro relato. Esta situación muestra cómo la religión, en nuestra literatura áurea el catolicismo, es cuestión que estaba por encima de todo y regía la sociedad de la época como evidencian las instituciones tanto estatales como religiosas.

En la cautividad del protagonista se desarrollan diversos temas y motivos, pero sin duda se insiste sobre la guerra de religión. En este sentido, se percibe claramente en cuanto musulmanes y cristianos califican de «religión perruna» a sus respectivas religiones contrarias. Desde la perspectiva del narrador, la idealización de todo lo que no es estrictamente moro o musulmán suele destacarse mediante una calificación que niegue dicha naturaleza, por ejemplo, al referirse a la hija del morisco: «muy española en el talle y garbo, blanca y rubia, con bellos ojos verdes, que realmente parecía más nacida en Francia que criada en Argel» (II, p. 64).

En el tratamiento del espacio argelino apenas hay datos reales, en una ocasión se cita la fuente de Babasón: «Iba con mucha humildad por agua a una fuente que llaman del Babasón» (II, p. 79), en realidad es la famosa Bab-Azoun que está en la puerta del mismo nombre tal como indican diversos comentaristas de la obra. La puerta también es mencionada por Cervantes, en el episodio del cautivo de *El Quijote*: «y a mí me hallarán en el jardín de mi padre, que está a la puerta de Babazón» (*Quijote*, p. 469), así en la nota se indica «Puerta de Azún o Asón-bab ('de las ovejas'), en árabe; era una puerta en la muralla de la ciudad situada junto a la marina, 'costa cercana a un poblado', pero también la puerta por la que se salía al cementerio de los cristianos» (*Quijote*, pp. 469-470).

La estancia del protagonista tiene como fin convertir al catolicismo a los dos hijos de quien lo ha secuestrado, a pesar del privilegiado trato que ha recibido por su parte. Este recurso —la conversión de un infiel en su propia tierra— que, sin duda, es una anécdota de la historia fuera de toda verosimilitud y lógica, responde a los deseos del narrador-autor, que a su vez es una forma de reafirmar sus convicciones en la verdadera fe cristiana, fundamento básico, impuesto y asumido por la colectividad, que formaba parte primordial de la ideología de la época. Al fin, Marcos de Obregón consigue la libertad que le había prometido su amo si le resolvía un hurto. Pero, concedida la libertad don Marcos persiste en su objetivo religioso:

Él me dio libertad con mucha voluntad, aunque contra la de su hija, que ya la vi muy inclinada a la verdadera religión, y al hermano, a quien yo había persuadido la misma verdad; de manera que ambos a dos tenían deseo del bautismo; aunque el padre no se daba por entendido, sí lo sospechaba, porque, aunque callaba, sin duda lo deseaba. Llamábase el muchacho Mustafá y la hermana Alima, aunque, después que yo la pude comunicar y encaminalla a la verdad católica, se llamó María (II, p. 99).

La insistencia en este aspecto provoca en el lector actual cierta incredulidad narrativa, pues si se acepta —como así era— que el sentido religioso y sus rituales eran fundamentales en la época, aún más extraño es que, en tierra sarracena, una morisca cristiana clamase a la Virgen María con el peligro que ello suponía, aunque Espinel lo explicase y racionalizase casi todo:

Aprestose mi amo para hacer su viaje, llevando algunos turcos muy valientes consigo y muy acostumbrados a ser piratas; y escogiendo buen tiempo, puso la proa hacia las Islas Baleares, dejando en la orilla a su mujer y su hija muy llorosas, la una encomendándolo al gran profeta Mahoma y la otra llamando muy a voces y muy desconsoladamente a la Virgen María, que, como no había cerca quien pudiese reprenderla, lo decía como sentía (II, p. 101).

La narración, que en tantos constituyentes resulta moderna, en éste se muestra un lógico condicionamiento, fundamental en la época, y así se supedita a esos requerimientos que hoy parecen muy idealizados e inverosímiles. El reencuentro de Mustafá y Alima con Marcos de Obregón, ya cuando la novela va terminando (Descanso 16 de la Relación tercera), obedece al gusto literario de la época por el

tratamiento fantástico e improbable del azar, la consecución de mantener en vilo, en suspense al lector, lo que la emparenta con el carácter italianizante de algunas *Novelas ejemplares* de Cervantes y de otros autores de la época, pues como se sabe se pusieron de moda.

Por el contrario, la historia de la cautiva valenciana de Mami Reys es más creíble, pues el regreso de la bella cautiva a las costas españolas al cabo de los años mediante un ardid no solo tiene una tradición narrativa, la cual señala Soledad Carrasco Urgoiti, sino también «ecos de hechos reales [...] eran frecuentes en los pueblos del litoral los ataques repentinos de corsarios que hacían posible la huida de muchos moriscos» (II, p. 107). Cervantes cultivó diversas variantes sobre el asunto, así en *La Gran Sultana*, *El amante liberal*, *Los baños de Argel*, *Los tratos de Argel* y en *El Quijote*, donde algunas «musulmanas secretamente convertidas al cristianismo abandonan a su padre o esposo en circunstancias no muy diferentes a las que aquí se refieren» (II, p. 107, nota 430). La historia narrada, a modo de intercalación, tiene un final aleccionador:

Ya sabes a qué propósito te he contado este caso, sucedido poco tiempo ha, y, sin duda, yo creo que ninguno hay que no tenga estampada en el corazón la primera religión que profesó, digo de los bautizados, si bien esta mujer mostró más que todos aquel pecho varonil y determinación cristiana (II, p. 107).

El regreso a tierra cristiana se hace con la dirección hacia las Baleares, así en embarcación mora y vestidos de musulmanes para evitarlos, lógicamente, temen también a los cristianos: «Descubrimos las Islas Baleares, Mallorca, y Menorca, Ibiza y otras islas pequeñas, pero no nos acostamos a Mallorca por el cuidado con que aquella isla vive, hasta ser de noche» (II, p. 110). En el Reino de Mallorca, como antes se ha adelantado, la defensa militar se había hecho prioritaria, de ahí ese temor a acercarse, vestidos de sarracenos, pues era obvio que el Mediterráneo estaba dividido en dos: norte, cristiano; sur, musulmán. Era un campo de batalla de ideas y hechos religiosos, como antes se ha observado.

EN ITALIA, LAS FIGURAS DE OTROS ENEMIGOS

Después de tantos infortunios y de haber siempre intentado lo correcto y lo discreto y sin haber obtenido beneficio material alguno, Marcos de Obregón tiene en mente dirigirse a Italia, donde Vicente Espinel vivió algunos años, precisamente allí va a aparecer el autor como un personaje más, desdoblándose su entidad, pero esto es asunto que no atañe a nuestro propósito.

Desde el principio de la «Relación segunda», Marcos de Obregón manifiesta el deseo de viajar a Italia al servicio del duque de Medinasidonia, así en la espera en Sevilla comenta el famoso desastre de Alcazarquivir (1578) que acabó con la vida de Sebastián I de Portugal y el augurio un año antes del cometa:

Luego que por el pronóstico y significación de aquel cometa, o por lo que la Majestad de Dios sabe y fue servido, murió el rey don Sebastián de Portugal, en aquella tan memorable batalla donde se hallaron tres reyes y murieron todos tres, como sucedió el cardenal don Enrique, tío de Felipe II, y lo llamó a la sucesión del reino, toda Castilla y Andalucía se movió a ir sirviendo a su rey con amor y obediencia que siempre España ha tenido a sus legítimos reyes (II, p. 24).

Italia —hay noticias ciertas de que Espinel vivió unos años allí¹⁰— se convierte en el espacio anhelado que debe mejorar el estatus de don Marcos, pero no será así. Una vez ha embarcado su nave sufre la persecución y, como se ha visto —hay que tener presente que la narración se presenta *in media res*—, es apresado y conducido a tierra mora, de forma que no puede ir a Italia, que parece ser su mayor empeño, pues Marcos considera que allí podrá si no medrar al menos vivir con dignidad de acuerdo con su condición. Al fin, después de su liberación, parte hacia Italia, lo que significa el reconocimiento de sus méritos: «Y en llegando a Génova visité a Julio Espínola¹¹, el embajador cuya amistad yo había profesado en la corte de España, que certificado Marcelo Doria¹² desta verdad, ambos me hicieron merced de acomodarme de dineros y cabalgadura para Milán» (II, p. 115). Sin embargo, en lo sucesivo casi todo son malas experiencias, pues es encarcelado por haber herido a un labriego en defensa propia y el narrador autor reflexiona:

vime cargado de los hierros que no tuve en Argel, siendo enemigos de la fe y de los que la profesan, sin poder volver los ojos a quien me mirase de buena gana. Que por la misma razón que pensamos ser señores del mundo, somos aborrecidos de todos.

Quien va a tierras ajenas tiene obligación de entrar en ellas con grande tiento, que ni las leyes son las mismas, ni las costumbres semejantes, ni las amistades se guardan donde no hay conocimiento (II, p. 123).

Nos interesa observar cómo en ese primer párrafo se encuentra con otro enemigo aun teniendo la misma fe y religión. Igualmente es de gran perspicacia ese «somos aborrecidos de todos» referido a los españoles a causa del Imperio y a la fama de soberbios, y que a lo largo de la historia se ha podido percibir respecto a los países dominantes y, luego, cuánta razón y modernidad hay en la observación sobre la visita a «tierras ajenas». El carcelero italiano le llama «marrano», es decir, judío converso, pretexto para que alguien de la misma religión pueda menospreciar

10. Así, entre otros, lo indica Carrasco Urgoiti, en su edición, I, p. 13 y II, pp. 133-134, nota 533.

11. Según Gili Gaya, 1959-1960, II, p. 121, era «embajador de la República de Génova en la corte de España. Su familia era también de las más poderosas; aliada a veces, y otras, rival de la de los Dorias». En efecto, en el «Archivo General de Simancas» en «Carta de Pedro de Mendoza, embajador en Génova, a Felipe II, rey de España» (Sig. EST., LEG, 1418,29), cuya fecha de creación es 1585-08-04, se encuentra en el contenido: «Suspensión en sus funciones al embajador Julio Spínola, según deseo de Felipe II, rey de España».

12. Según Haley, 1959, pp. 154-155, al principio del verano de 1581 «Marcelo Doria perseguía a los corsarios turcos en las inmediaciones de la isla de Elba», reproducido en la edición de Carrasco Urgoiti, II, p. 113. Gili Gaya, 1959-1960, II, p. 120: «Almirante genovés de la ilustre familia de los Dorias, una de las más famosas de Génova desde el siglo XIII. Los Dorias se distinguieron especialmente como marinos persiguiendo con gran tenacidad y eficacia a los piratas argelinos». Sin duda Andrés Doria fue el más famoso.

a su igual mediante la duda de su verdadera fidelidad de creencia. Marcos logra escapar mediante una artimaña que tiene por base la alquimia, así engaña al carcelero y reflexiona: «Yo me holgué en el alma de haber salido bien con mi intento, que, aunque fue a costa del pobre carcelero, por la libertad todo se puede hacer» (II, p. 130), tan moderno pensamiento le sirve de pórtico a todo un párrafo de condena de la codicia, tan explícita y directa en el carcelero.

Luego, para dirigirse a Milán se embarca:

Hallamos allí que habían pasado en otro barco algunas gentes de diversas naciones —franceses, alemanes, italianos y españoles— y para entendernos habíamos todos en latín; pero era la pronunciación tan diversa la una de la otra, que hablando en muy gentil lenguaje latino no nos entendíamos los unos a los otros, que me dio mucho que pensar que, aun en la misma lengua y que corre por toda Europa, dure el castigo de la torre de Babilonia (II, p. 133).

Ya empieza a plantear, a partir de la imposibilidad de la comunicación, ciertas dudas sobre la eficacia de la capacidad comprensiva de la humanidad y de ahí irá surgiendo cierto desencanto no solo social sino también humano, esa idea tan común y razonable para un católico honrado —tal como demuestra por su conducta que es nuestro protagonista— al considerar que la divinidad permite el mal en la tierra, por ello surgen las duras críticas a quienes para su propio beneficio actúan con maldad y dañan al prójimo. Así, cuando Marcos engaña, pocas veces lo hace, no perjudica al otro, y si lo hace se debe a que con anterioridad el individuo ha obrado mal.

Marcos vive unos años en Milán y luego en Turín donde se encuentra con otras figuras opuestas a su forma de comportarse, así, por ejemplo, los calvinistas ginebrinos, con los que, lógicamente, tiene unas cuantas controversias, y sobre ellos afirma: «Que hay gentes tan fuera del orden natural, que por sola libertad y poltronería se desvíen de la misma verdad que interiormente saben y conocen» (II, p. 137). También el nigromante, al que califica de «gente ridícula» por pretender «dar alcance a los secretos que Dios tiene reservados para sí» (II, p. 143). Otras figuras son vistas despectivamente, así un caballero italiano, el caballero portugués, contramodelo de la discreción, sobre el que generaliza: «gente tan idólatra de sí propia que no estima en nada el resto del mundo» (II, p. 167). En la época, son clásicas las bromas sobre la arrogancia de los portugueses. Es engañado por una ramera veneciana, Camila, lo que le induce a ciertas reflexiones, una vez más sobre la condición humana, aquí trazándonos alguna pincelada sobre su propio carácter:

No supe si echaría la culpa a mi facilidad en creer o a la fuerza de su engaño en decir, [...] pero es tan poderoso el embeleco de una mujer hermosa y bien hablada, que con menos circunstancias¹³ me pudiera engañar. La facilidad en creer es de pechos sencillos, pero sin experiencia, especialmente si la persuasión va encaminada a provecho nuestro, que en tal caso fácilmente nos dejamos engañar (II, p. 175).

13. Aquí tiene el matiz de 'condiciones favorables'; ver la edición de Carrasco Urgoiti, II, p. 175, nota.

Ese espíritu bondadoso de Marcos, que se descubre en ciertas afirmaciones, se va desilusionando y le conduce a criticar los vicios humanos, lo que aún se percibirá con mayor fuerza cuando juzgue lo que le ocurre con los marineros que lo abandonan y así exclama: «los marineros fueron tan crueles bestias que le dijeron que me había ahogado» (II, p. 180). Son personajes que viven asentados en el engaño y en obrar el mal y de forma extremadamente egoísta, entendido todo ello en que no sienten ningún escrúpulo ni remordimiento respecto al prójimo y, por supuesto, todo ello atenta contra los principios cristianos y católicos del protagonista. Así, pues, el espacio italiano le sirve para encontrarse con unos personajes contrarios a su forma de entender el mundo y la vida.

Por el contrario, el personaje Pedro Jiménez Espinel, tío de Vicente Espinel, en la exposición que hace de su forma de vida y principios, representa el ideal que el autor propone como comportamiento religioso y moral:

Yo —respondió— soy un hombre no conocido por partes que en mí resplandezcan, contento con el estado en que Dios me puso, pobre bien intencionado, sin envidia al bien ajeno ni de las grandezas que suelen estimarse; trato con los mayores con sencillez y humildad, con los iguales como hermanos, con los sujetos como padre. Alégrome cuando hallo mis vaquillas cabales, castro mis colmenas hablando con las abejas como si fueran personas que me entendiesen; no me pongo a juzgar lo que otros hacen, porque todo me parece bueno; si oigo decir mal de una persona, mudo conversación en materia que les pueda divertir; hago el bien que puedo con lo poco que tengo, que es más de lo que yo merezco, que con esto paso una vida quieta y sin enemistades que destruyen la vida (II, pp. 232-233).

En efecto, es toda una filosofía de vida y de comportamiento que viene a resumir la propuesta no solo del protagonista sino también del autor; parecen palabras del autor implícito en boca de un personaje secundario en cuanto a la presencia en la narración, pero, por el contrario, su importancia reside en la excelencia de su intervención.

CONCLUSIÓN

Queríamos atender a dos componentes fundamentales en la novela, por una parte, las figuras opuestas a lo que representa el protagonista, Marcos de Obregón, escudero que viaja y sirve a otros personajes, en su mayor parte, principales; por otra, el singular paisaje mediterráneo y, con mayor detalle, el balear, en concreto la isla de Cabrera. Todas las figuras forman el componente humano que completa el paisaje, entendido como la obra divina. Pero, sin duda, estos dos componentes fundamentales de la obra, el paisaje y sus personajes, conducen a consideraciones extraliterarias de mayor alcance.

Respecto a los personajes que podrían considerarse dentro de la órbita del otro se han visto, por ejemplo, los encontrados en Italia y que, aunque dentro de la misma religión, representan y tienen valores muy distintos, prácticamente opuestos a los de Marcos de Obregón, el cual asume un comportamiento y moral estrictamen-

te católicos. Asimismo, destaca la figura del sarraceno, que se presenta mediante dos variantes, el despechado que, como se ha visto, cumple con la religión católica y se siente de la nación española, ya sea porque ha nacido en ella o bien porque es hijo de españoles, así podría recibir la denominación de *criptocatólico*, pues en tierra mora practica la religión católica. La segunda variante es la figura o tipo propiamente enemigo, el musulmán que, lógicamente, ha nacido y crecido en su propia tierra agarena. Por lo tanto, es el que combate contra el cristianismo y lo hallamos por todo el Mediterráneo, así aparecen dichos adversarios, entre otros momentos, en la historia del doctor Sagredo, que ya cerca de Gibraltar, es atacado por «un navío de infieles [...] enemigos de la fe y de la corona de España» (II, pp. 267-268).

En general, la mayor parte del paisaje de la novela picaresca suele ser urbano, es decir, creación humana y no divina. De ahí que el tratamiento del paisaje aleja la *Vida del escudero Marcos de Obregón* de la novela picaresca. En este sentido, Jesús Cañedo afirma que:

En muy contadas ocasiones, el pícaro dispone del ocio necesario para la contemplación pura. Durante esos breves momentos, el pícaro se encuentra siempre en ciudades y nunca en el campo, que es para él camino hacia alguna meta urbana. De ahí que las escasas reflexiones se refieran a aspectos urbanos o arquitectónicos.

[...] la carencia de este tipo de descripciones responde a una exigencia temática. Los autores de las novelas picarescas pretenden convencer de la objetiva realidad de la existencia de sus héroes: por eso las novelas adoptan la forma autobiográfica. La verosimilitud psicológica e histórica es servida mediante el procedimiento negativo del olvido del contorno por el héroe, poseído por su propia pericia vital (1966, p. 38).

Eso no ocurre en nuestra novela, pues Marcos de Obregón puede deleitarse en describirnos paisajes idílicos. Aunque coincide con la picaresca en dirigirse hacia algunas ciudades, en nuestra novela se observan casi panorámicamente, desde la distancia, evidentemente con alguna concesión a ciertos detalles de descripción más próxima, pero el personaje, en concreto Marcos, tiene tiempo de contemplar la hacienda de Dios y apenas se refiere a aspectos urbanísticos. Aquí, la objetividad que plantea Espinel, también por medio de la forma autobiográfica y con una gran movilidad espacial o geográfica, es la aceptación del mundo y de la sociedad que observa y describe, ya sea con cierta ironía e, incluso, con sarcasmo en algún momento, pero admitiendo las normas sociales y las leyes que rigen como única forma de vida en la sociedad española de su época. No pretende dar al relato un sesgo negativo o crítico sino sencillamente tiene como fin ofrecer una gran objetividad de lo descrito y narrado. Por ello, Lara y Rallo niegan el contenido picaresco, ya que:

el protagonista no desarrolla su destino en el viaje, ni éste marca, por un lado, la causalidad latente de su fortuna, ni, por otro, mantiene el supuesto de que la movilidad ofrece una oportunidad de mejorar. Marcos acepta el viaje incesante pero no se identifica con su teleología; se convierte en un observador cuyo deambular no sigue la ley ineludible de la necesidad (búsqueda o huida) y, por ello, encierra la posibilidad lúdica, contemplativa y hasta descubridora del paisaje (1979, p. 112).

Luego, el viaje de don Marcos:

no supone una confrontación dialéctica del individuo-realidad sino el intento de demostrar la posibilidad de una aceptación plena de ésta, y evidenciar las consecuencias gratificantes y positivas que de ella se derivan. Su conformismo, no optimismo, tiene un doble matiz religioso y social. Tanto el mundo natural como la sociedad humana responden a la idea divina de la creación, y de acuerdo con ella se han realizado (Lara y Rallo, 1979, p. 117).

Así, cuando Marcos es acusado de un delito que no ha cometido, aunque no le queda más remedio que aceptar y soportar la reclusión, la cárcel, la ignominia, confía en que se haga justicia y explica, casi con la lógica del detective moderno, lo ocurrido y, finalmente, así lo entiende y acepta el juez y lo exculpa. Entonces, un tanto molesto, pregunta que quién le va a devolver el honor perdido. En efecto, el honor es uno de los valores que esgrime el protagonista y cuestión central en la sociedad de la época, concepto sobre el cual se hace cierta burla y no pocas ironías y sarcasmos en la novela picaresca, por ejemplo, en las genealogías de los diversos pícaros. Por el contrario, Marcos asume ese *valor* y actúa de acuerdo con él, como lo más natural, es la forma de vida desde el sistema (Dios —concilio de Trento—, Patria —España— y Rey —los Felipe II, III e incluso IV).

Así, pues, frente a la visión social cáustica y crítica de algunas novelas picarescas, la *Vida del escudero Marcos de Obregón* se basa en el respeto a las pautas surgidas del Concilio de Trento, terminado en 1563, —cuando Espinel aún era un adolescente— y que con tanta firmeza se fue afianzando en la sociedad española de entonces. Esta visión subordinada o de aceptación del sistema se hace desde el punto de vista no de un privilegiado de los altos estamentos sociales, sino desde la perspectiva de un escudero, es decir, según un estrato social humilde —aunque no llegue a ser una figura marginal como el pícaro—, pero Marcos ve esa composición jerárquica social como la más natural de las posibles, por ello ni la enjuicia ni la cuestiona, sencillamente cumple su ritual y asume en su interior las creencias fundamentales del poder y del orden establecido, a la sazón de la monarquía española.

BIBLIOGRAFÍA

- Aranda, María, «Vicente Espinel y el modelo picaresco: la *Vida del escudero Marcos de Obregón* o las ambigüedades de una figura ejemplar», *Criticón*, 110, 2010, pp. 57-65.
- Avalle-Arce, Juan Bautista, *Deslindes cervantinos*, Madrid, Edhigar, 1961.
- Buendía López, José Luis, «El pícaro andaluz: los ideales humanistas del escudero Marcos de Obregón», en *El barroco en Andalucía*, ed. Manuel Peláez del Rosal, Córdoba, Universidad de Córdoba 7 y Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Córdoba, 1986, pp. 17-26.
- Cañedo Fernández, Jesús, «La "naturaleza" en la novela picaresca», *Revista de Literatura*, 30, 59-60, 1966, pp. 5-38.

- Carrasco Urgoiti, María Soledad, «Introducción biográfica y crítica», en Vicente Espinel, *Vida del escudero Marcos de Obregón*, vol. I, Madrid, Castalia, 1980, pp. 7-51.
- Carrasco Urgoiti, María Soledad, «Vicente Espinel y su tiempo», en *Homenaje a Vicente Espinel en el 450 Aniversario de su Nacimiento*, Ronda, T. E. S. de Ronda, 2000, pp. 99-114.
- Castro, Américo, *De la edad conflictiva*, Madrid, Taurus, 1963.
- Cervantes, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, ed. Francisco Rico, Barcelona, Instituto Cervantes / Crítica, 1999.
- Cervantes, Miguel de, *El licenciado Vidriera*, en *Novelas Ejemplares*, vol. 2, ed. Harry Sieber, Madrid, Cátedra, 1988, pp. 41-74.
- Cervantes, Miguel de, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, ed. Juan Bautista Avallé-Arce, Madrid, Castalia, 1987.
- Chandler, Frank Wadleigh, *La novela picaresca en España*, Madrid, La España Moderna, 1910.
- Covarrubias, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Turner, 1977.
- Deyá, Miguel, y Manuel Oliver, «El Mediterráneo bipolar: el Reino de Mallorca en alarma, la Orden de Malta en guardia», en *La Orden de Malta, Mallorca y el Mediterráneo*, Palma, Orden de Malta (Delegación de Baleares), 2000, pp. 47-66.
- Espinel, Vicente, *Vida del escudero Marcos de Obregón*, ed. María Soledad Carrasco Urgoiti, Madrid, Castalia, 1980, 2 vols.
- Estébanez Calderón, Serafín, «La gruta azul y una gira en el vapor Colón», en *Obras completas*, vol. 2, Madrid, Atlas (BAE), 1955, pp. 393-398.
- Funk, Jens, *El mar Mediterráneo en la novela del Siglo de Oro. ¿Frontera o puente entre tres continentes?*, Universität zu Köln, Romanische Seminar, 2009-2010. En línea: <https://www.yumpu.com/es/document/view/17769650/el-mar-mediterraneo-en-la-novela-del-siglo-de-oro-universitat-zu->.
- García Cárcel, Ricardo, «La psicosis del turco en la España del Siglo de Oro», en *Los imperios orientales en el teatro del Siglo de Oro*, Almagro, Universidad de Castilla-La Mancha, 1994, pp. 15-28.
- Gili Gaya, Samuel, «Prólogo, edición y notas», en Vicente Espinel, *Vida de Marcos de Obregón*, Madrid, Espasa Calpe, Clásicos Castellanos, 1959-1960, 2 vols.
- Haley, George, *Vicente Espinel and Marcos de Obregón. A Life and its Literary Representation*, Providence, Brown University Studies, 1959.
- Lara Garrido, José, y Aurora Rallo Gruss, «Poética narrativa y discurso picaresco en la *Vida del escudero Marcos de Obregón*», en *Estudios sobre Vicente Espinel*, Málaga, Universidad de Málaga, 1979, pp. 103-129.

- Linares Alés, Francisco, «Andalucía y el recuerdo del paraíso. Observaciones sobre el espacio novelesco y la percepción del paisaje en la *Vida del Escudero Marcos de Obregón*, de Vicente Espinel», en *Homenaje al profesor Antonio Gallego Morell*, ed. María Concepción Argente del Castillo, Granada, Universidad de Granada, 1989, pp. 213-227.
- Martín Jiménez, Alfonso, *El «Quijote» de Cervantes y el «Quijote» de Pasamonte: una imitación recíproca. La «Vida» de Pasamonte y «Avellaneda»*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001.
- Martín Jiménez, Alfonso, *Cervantes y Pasamonte. La réplica cervantina al «Quijote» de Avellaneda*, Madrid. Biblioteca Nueva, 2005.
- Martín Jiménez, Alfonso, «Cervantes y Avellaneda (1616-2016): presunciones y certidumbres», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, XCII, 2016, pp. 281-299.
- Navarro González, Alberto, *Vicente Espinel. Músico, poeta y novelista andaluz*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1977.
- Peña, Beatriz Carolina, «El ensalmador falso y los hidalgos burlados: la picaresca en la *Vida del escudero Marcos de Obregón*, de Vicente Espinel», *Bulletin of Spanish Studies: Hispanic Studies and Research on Spain, Portugal and Latin America*, 80.4, 2003, pp. 401-419.
- Pereda Valdés, Ildefonso, *La novela picaresca y el pícaro en España y América*, Montevideo, Organización Medina, 1950.
- Pérez de Guzmán, Juan, «Prólogo», en Vicente Espinel, *Vida del escudero Marcos de Obregón*, Barcelona, Bibl. Arte y Letras, 1881, pp. II-XXXII.
- Quevedo, Francisco de, *Poesía original completa*, ed. José Manuel Bleca, Planeta, Barcelona, 1981.
- Rallo Gruss, Asunción, «La narración verosímil de lo maravilloso en la *Vida del escudero Marcos de Obregón* de Vicente Espinel», *Lectura y Signo*, 1, 2006, pp. 125-164.
- Riley, Edward C., *Teoría de la novela en Cervantes*, Madrid, Taurus, 1981.
- Riquer, Martín de, *Cervantes, Passamonte y Avellaneda*, Barcelona, Sirmio, 1988.
- Smith, Denis, *Els presoners de Cabrera*, Palma, Lleonard Muntaner, 2004.
- Valbuena Prat, Ángel, «Introducción», en *La novela picaresca española*, vol. 1, Madrid, Aguilar, 1974, pp. 9-95.
- Zamora Vicente, Alonso, «Tradición y originalidad en *El escudero Marcos de Obregón*», en *Presencia de los clásicos*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1951, pp. 75-140.